

No. 1. Victor Muñoz y Reyes
23

Capitán Camilo Unzaga

El Ejército en la vida social

Conferencia leída en la velada del 10 de
Agosto de 1907.

TIP. "VICTORIA"—COLON—103 y 105

F B
355
U 63 e

1907/23

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

FB
355
263e



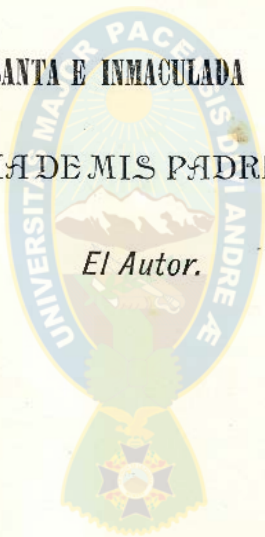
Inventario No. 002014

Stencil No. _____

A LA SANTA E INMACULADA

MEMORIA DE MIS PADRES

El Autor.





El Ejército en la vida social

CONFERENCIA LEIDA POR EL CAPITÁN
CAMILO UNZAGA, EN LA VELADA
DEL 10 DE AGOSTO DE 1907.

Excelentísimo señor Presidente.

Respetables señoras y caballeros:

“EL SOL NO SE PONE EN MIS ESTADOS”, exclamó Carlos V, ébrio de insólita grandeza cuando contempló que las águilas del Imperio recorrían impávidas por todos los ámbitos del mundo, sin suponer en medio de su soberbia, que ese sol que alumbró la

marcha secular y triunfante de las huestes españolas por ambos Continentes, se sepultára un día para siempre tras de las canosas crestas andinas.

Impuesta la dominación española en el mundo de Colón y declarados sus naturales como seres nacidos para la abyección y la esclavitud por Alejandro VI, cuya memoria enclavada en la picota de la Historia es abofeteada por la civilización, no se contempla durante tres centurias sinó la sombra pálida y ensangrentada de Atahualpa, vagando silenciosa por las dilatadas comarcas del Tahuantinsuyo y no se escucha en la pátria de los Incas, sinó el ronco crugir de las cadenas y la triste plegaria del esclavo.

Pero, como la libertad de los pueblos no prescribe jamás, ni se consigne sepultarla en las ergástulas del crimen, he ahí á Murillo--el sublime Precursor de la Independencia Americana--hollando bajo sus plantas al indómito León de las Iberias y profetizando desde la horca--grandioso

pedestal de su gloria--la redención del pueblo Alto--Peruano.

Y tres lustros después, en los campos de Junín y de Ayacucho, el sol del régio Cenobita del Monasterio de Yuste, se eclipsa para no levantarse más en el cielo de la América, y surge de en medio de una noche de tres siglos la imágen de la Pátria, altiva y grande, soberana y libre.

En celebración de ese magno acontecimiento, el Ejército Nacional, cuyo corazón palpita también con el vuestro al recuerdo de pretéritas glorias y junto con el pueblo boliviano entona, unas veces las grandiosas estrofas del himno de la libertad y ocupa, otras, silencioso pero altivo, la brecha del deber en defensa de las instituciones patrias y de la soberanía nacional, para rodar envuelto en los pliegues de nuestra invicta tricolor—rendido pero nó humillado—quiere en este solemne momento añadir la más humilde de las flores á la hermosa guirnalda que, en ofrenda de gratitud y de admiración, depositáis en el sagrado altar de la pátria.

Antes de entrar en la materia del presente trabajo, me he de permitir una digresión que se hace necesaria, porque no se puede estudiar ese organismo social, que sólo desde 1568 comenzó á llamarse EJÉRCITO, sin que le preceda la investigación de la guerra como su causa generadora.

La experiencia, que es la filosofía de los pueblos generada por la sucesión de los acontecimientos, nos demuestra palmariamente que la guerra es un fenómeno social, cuya existencia está ligada á la existencia de la humanidad y una consecuencia lógica y necesaria de la imperfección del hombre, que no ha podido romper aún las cadenas que le sujetan á las leyes del universo, aún cuando lleve en la frente la diadema de rey de la creación y que canten sus conquistas, con los acentos viriles del himno del trabajo, el silbato de las locomotoras y el rugido del rayo encadenado.

Dotado de materia y de espíritu siente en sí, incesantemente, la lucha de estos dos principios antagóni-

cos, sin poderse sustraer del imperio de las leyes que rigen á la primera, aún cuando en veces aparezcan modificadas por el segundo.

La ley general de la materia es el movimiento, que es el origen de luchas y de choques.

En el mundo inorgánico la destrucción se verifica, paulatina pero constantemente.

Así vemos que la acción de los agentes atmosféricos sobre los minerales los disgregan continuamente y las aguas que arrastran los detritus en la impetuosidad de sus corrientes, llevan también la arena, que es el despojo de esas moles gigantescas de granito, que al levantarse altivas hasta el cielo, parecen ser los heraldos de la soberbia humana.

A los fenómenos de la sedimentación se oponen los efectos del calor central y si aquellos se esfuerzan por la nivelación de la superficie terráquea, éstos dán por resultados, relieves y depresiones: he ahí porque contemplamos la desaparición de conti-

nentes en las tenebrosidades del Abismo, el surgimiento de islas que abandonan el seno misterioso de los mares, etc., etc.

Esta lucha es aún mayor en el mundo orgánico.

Las moléculas de que se componen los seres animados se renuevan por las funciones de nutrición y de secreción: y las plantas, que ocupan el primer lugar en la escala zoológica, sufren también la acción del principio de la destrucción universal, que es una ley constante, invariable y eterna; pues sólo tiene derecho á la vida las que han sabido asimilarse al terreno, las que se acomodan más fácilmente á las condiciones climatéricas, ó por último, las que protegidas por el hombre, son ornato y gala de nuestros jardines.

En los animales, que siguen á las plantas en el orden zoológico, la lucha es por la propagación de la especie; pues, como dice el filósofo Hegel: “en la naturaleza todo es contradicción y lucha, y no podría concebirse

un ser desde el obscuro insecto que se arrastra por la superficie de la tierra, hasta las grandes masas que flotan en el espacio que pudiera existir sin la presencia de elementos, tendencias y fuerzas opuestas”.

Para seguir el curso del presente trabajo, he de prescindir de considerar el reñido combate que libran las pasiones en el corazón humano y he de concretarme sólo á estudiar al hombre—último eslabón de la cadena zoológica—desde el momento en que aparece en la vida social, ya que es notorio, por otra parte, que mientras cruzaba por las playas de la existencia con la flecha al brazo y el carcaj á la espalda, sin afecciones y solitario, tuvo que arrancar la piel de las fieras para cubrir sus miembros, tostados por el sol ó entumecidos por el frío ó rechazar el ataque de aquellas, famélicas y feroces.

Dice Almirante: “que desde el momento que la tribu fija su residencia, forma verdadera sociedad y sobre ella asoma la civilización, también apun-

tan con ella dos primeras condiciones de lo que se llama nacionalidad y creadoras de la defensa; la una, esa línea gráfica trazada sobre el suelo con una espada vencedora que encierra integralmente la propiedad inmóvil de un pueblo, esto es, la frontera; la otra, generalmente, un punto central del territorio, fortalecido por la naturaleza ó por el arte, donde guarece lo que le es más caro, sus hijos, sus tesoros; donde apoya su valor, conforta su espíritu y adquiere la idea defensiva. Este núcleo, tabernáculo, lo que se quiera, es la "ciudad murada".

Y como no es posible que toda la población vele por la seguridad del territorio contra las invasiones de los pueblos nómadas, se encarga la defensa de esa línea que sirve de límite á las nacionalidades y de ese punto céntrico, donde la tribu deposita—el objeto de sus afecciones, la familia y el objeto de sus esfuerzos, sus tesoros,—á una parte de los individuos capaces de llevar las armas mientras la otra, ménos viril por cierto, se ocupa

de las faenas de la agricultura para atender á la subsistencia de la primera, por la ley de la división del trabajo.

Aquí vemos aparecer, aún que virtualmente, la idea de fuerza armada permanente—como medio móvil—y la fortaleza—como medio fijo de defensa.

A medida que se esbozan las colectividades y se crean las instituciones, el ejército, llámese falange macedónica, legión romana, etc., que no es ya la aglomeración de individuos, sino la suma armónica de voluntades subordinadas á otra superior, no está enclavado como en los primeros tiempos de su creación al país que tiene la misión de defender, sinó que lleva la bandera de la conquista con Alejandro Magno por toda la extensión del mundo conocido, asombra á la humanidad trasmotando los Alpes con Aníbal, recoge los laureles del triunfo con César en las Galias ó huella con sus plantas el sepulcro de los Faraones con el inmortal Napoleón.

Desde esa primera etapa de la Humanidad hasta nuestros días vemos que la guerra es el móvil de las naciones, aunque se esfuercen los apóstoles de la filantropía por sustituirla con el arbitraje, que al decir de Summer Maine “participa de la característica que es á los ojos de los modernos, la debilidad de todo el Derecho Internacional: la imposibilidad de tener á sus órdenes el apoyo de la fuerza”, ó aún cuando sueñen los benefactores de la humanidad, en medio de la tibia y perfumada atmósfera de sus gabinetes, con la paz universal.

De todo lo expuesto podemos arrancar la siguiente conclusión: que la lucha es un estado natural tanto en el mundo orgánico como en el mundo inorgánico y la guerra, como dice De Maistre “es una ley del Universo”.

Demostrada esta primera parte de mi discurso, aunque muy someramente, he de ingresar á la segunda, que comprende el estudio de las relaciones del Ejército en la vida social.

Ha dicho con sobrada razón Kus-

tow: “en el estado actual de la civilización el pueblo más avanzado debe ser á un tiempo, el más deseoso de la paz y el más dispuesto para la guerra”. SI VÍS PACEM PARA BELLUM.

Y consecuentes con este principio, dirigen sus esfuerzos todas las naciones, grandes y pequeñas, á hacer del ejército la base sobre la que descansan todas las demás instituciones y la columna donde se apoye todo su poderío, porque su estabilidad es la garantía más segura del progreso, máxime si en los diferendos internacionales prima el mayor número de cañones, “que son la suprema razón de los pueblos”.

Las relaciones del ejército con el Estado son, pues, íntimas; no se puede concebir la noción de Estado sin antes haber formado la noción de Ejército.

Si por Estado soberano entendemos, según un ilustre escritor, una comunidad, cierto número de personas organizadas de un modo perma-

nente bajo un gobierno que les es propio, y por Gobierno soberano, en la acepción más amplia de la palabra, un gobierno que cualquiera que sea su constitución, ejerce el poder de dictar y de imponer la ley en el interior de una comunidad, sin que él, á su vez se halle sometido á otro gobierno superior”, claro es que esos dos factores constitutivos de la soberanía—el ejercicio del poder y la ausencia de intervención superior—no pueden existir sin el apoyo de la fuerza armada: ésta garantiza la facultad de crear la ley y de imponer su aplicación en lo interior y de resguardar la independencia del Estado y Gobierno soberanos en el exterior, contra las invasiones de intervención extranjera.

En cuanto á la noción de dominio, que los internacionalistas consideran como elemento esencial de la soberanía, tomándola del Derecho Romano, y que hace al Estado dueño de una porción de territorio, es también inseparable de la idea de Ejército, por que éste que tiene la obligación in-

quebrantable de marcar con su sangre los límites de la patria, constituye el más celoso guardián de la integridad territorial.

Si la sombra veneranda de Kociusco se yergue sobre los escombros de los viejos y musgosos castillos polacos para llorar la esclavitud de su patria y si sólo el ronco son de las cadenas interrumpe, desde 1772 LA PAZ DE VARSOVIA, es precisamente porque no basta, como dice el ya citado Almirante, el brío personal para constituir nación.

Y si la desgraciada Colombia contempla con angustiosa mirada surgir la República de Panamá, disgregada de su propio suelo, formada por sus mismos hijos y en cuya insolente bandera contempla los girones de la suya propia: y si Bolivia ha visto desgrarrada la túnica inconsutil de su integridad territorial y ha tenido que estrujar su corazón ante la expoliación de los más ricos pedazos de su territorio—consecuencia legítima de pasados errores—es, como asegura el mismo autor, porque no basta la de-

sordenada aglomeración de hombres ignorantes para constituir ejército.

La ley, que es la expresión del derecho, impone la ejecución de un acto ó prohíbe la comisión de un delito; y en ambos casos tiene necesidad de la sanción, es decir, de una fuerza que obligue al cumplimiento de sus mandatos ó que castigue la trasgresión de sus prohibiciones: he aquí el ejército como condición necesaria para la aplicación de la ley.

La marcha de la sociedad se regula por el respeto y la armonía que debe reinar entre los asociados, porque no se concibe la existencia de una agrupación cuando no hay una fuerza reguladora destinada á reprimir los conatos exteriorizados de disolución ó de refrenar las invasiones de los más audaces contra la propiedad privada y el derecho ajeno; sin ese freno las colectividades se disgregan y la ley del más fuerte dá por consecuencia la impunidad de los poderosos y el sacrificio de los débiles: no creo necesario añadir que el ejército, que si es vínculo de unión, también es la co-

lumna de granito donde descansan la vida y el progreso de las sociedades.

Tres son los elementos de que se ocupa el arte militar: hombres, armas y terreno y para su perfecto conocimiento es preciso el auxilio de las ciencias exactas, de las naturales y sociales.

Cuando una porción numerosa de individuos acude al recinto de los cuarteles, al redoble del tambor de guerra que les recuerda el más sagrado de los deberes y se organiza en ejército, hace nacer diversidad de exigencias y necesidades, de cuya satisfacción inmediata es forzoso cuidar.

La legislación regimentará á los nuevos soldados de la pátria y les impondrá la obligación de la obediencia, cuando en la hora de la prueba se les exija el sacrificio aún de la propia existencia: los preceptos de la higiene, y las reglas de la administración servirán para atender á su subsistencia y conservación en tiempo de paz ó durante la guerra; el arte arquitectónico delineará los perfiles para su alojamiento y la historia—

esa maestra de la humanidad—nos enseñará reglas para su empleo acertado en los campos de batalla.

Para el estudio de las armas, es decir, para conocer su construcción, apreciar sus propiedades y valorar sus efectos, es necesario invadir el dominio de las ciencias exactas y sorprender los secretos de la mecánica racional, de la física, de la química y de la mineralogía; y para la debida apreciación del terreno es preciso también que la geografía y la topografía, la geodesía y la geología nos presten su apoyo y nos ayuden con sus luces.

Y no es aventurado decir que cuando un militar profesional abarca todos los conocimientos que le son indispensables, merece que se le salude como á un sabio, ya que siempre le admiramos como á un valiente.

Antes de terminar, quiero hacer pública manifestación de gratitud por la benevolencia con que habéis escuchado la lectura de este trabajo, huérfano de las flores de la literatura, y

expresar, á la vez, en nombre de mis compañeros de armas, el sentimiento de admiración, que como tributo de homenaje, rendimos en el sacrosanto día de la pátria á los hombres que con esfuerzo y perseverante labor han preparado la regeneración de nuestra carrera militar.

En efecto, hace ménos de una década de años que habéis visto surgir de en medio de nuestra cahótica atmósfera política, un ejército que es, puedo aventurarme á decirlo, la más fundada esperanza para Bolivia y no ya el pedestal donde se encubran ineptos mandatarios, sino la roca en que descansa la institucionalidad del país y contra la que han de escollar ambiciones vulgares; habéis contemplado también convertirse al pretoriano de ayer en el respetuoso soldado de la ley y en el infatigable obrero de la civilización, una vez que en los cuarteles y á la sombra de nuestra querida bandera nacional, aprende y se instruye, se moraliza y se dignifica.

La obra de la redención de Bolivia está pues iniciada.

Es nuestro deber cooperar con nuestros esfuerzos, ofrendando si es menester nuestros prejuicios personales, para hacer á la hija predilecta de Bolívar, grande, fuerte é invencible; y lo será cuando vea un soldado en cada uno de sus hijos y cuando su ejército, educado en la escuela del sacrificio, se haga digno de la epopeya, sabiendo morir por la pátria, cantando un himno á la Libertad.

